

EL VATICANO II Y SU HISTORIA

La experiencia conciliar



El episcopado católico había sido invitado en 1959 por Juan XXIII a asumir un papel activo en el plano de la Iglesia universal para la preparación del futuro concilio: era el papa en persona quien se comprometía a garantizar la libertad efectiva de esta consulta. Pero en esos meses prevalecía todavía el inmovilismo del estilo pacelliano de gobierno, mientras que el paso a una actitud de búsqueda se esforzaba por consolidarse.

* GIUSEPPE ALBERIGO nació en 1926 en Varese. Desde 1967 es profesor titular en la Universidad de Bolonia, Facultad de Ciencias políticas, y secretario del Instituto para las Ciencias Religiosas (Bolonia) y de la Fundación para las Ciencias Religiosas "Juan XXIII" (Bolonia).

Publicaciones: *I vescovi italiani al concilio di Trento*, 1959; *Lo sviluppo della dottrina sui poteri nella Chiesa universale*, 1964; *Cardinalato e collegialità*, 1969; *Chiesa conciliare*, 1981; *Conciliarum oecumenicorum decreta* (dir.), 1973; *Legge e Vangelo* (estudios sobre la "Lex Ecclesiae fundamentalis"), 1972; *Indices verborum et locutionum decretorum concilii Vaticani II*, 8 vols.; *Synopsis storica della Lumen gentium*, 1975; *Giovanni XXIII. Profezia nella fedeltà*, 1978; *Fede. Tradizione. Profezia* (estudios sobre Juan XXIII), 1984; *La réception de Vatican II*, 1985; *La Chiesa nella storia*, 1989; *Nostalgie di unità*, 1989; *Les Conciles Oecuméniques. T. I: L'histoire, T. II: Les décrets, II.1: Nicée à Latran V, II.2: Trente à Vatican II*, 1994; *Papa Giovanni 1881-1963*, 2000; *Dalla Laguna al Tevere. Angelo Giuseppe Roncalli da San Marco a San Pietro*, 2000; *Histoire du Concile Vatican II 1959-1965, 1995-* (dir.). Diversas aportaciones a revistas sobre historia y teología. Dirige la revista cuatrimestral *Cristianesimo nella Storia*.

Dirección: Via G. Mazzini 82, I-40138 Bolonia (Italia).

El papa quería que el Vaticano II fuese el concilio de los obispos, pero ¿qué significaba eso? La distancia entre el pequeño número de pareceres que proponían fundar teológicamente tal revalorización y la muchedumbre de los que se contentaban con reivindicaciones disciplinares, esperando hacer del obispo un papa en su diócesis, era inmensa. Casi todos denunciaban con resentimiento la exención de los religiosos, pedían la supresión de la inamovilidad de los párrocos, un mejor reparto del clero... Esta tendencia, ampliamente mayoritaria, apuntaba a completar el Vaticano I, mientras que la primera pedía, más o menos explícitamente, una colegialidad efectiva.

Casi todos los obispos entraron en el Concilio con una actitud tímida. Las razones eran diversas: conocían mal la ciudad de Roma, en el "aula" –la inmensa basílica de San Pedro– se sentaban con vecinos desconocidos (se seguía el orden de nombramiento), como observaba J. C. Heenan, obispo de Liverpool¹–. Además, comprendían mal el latín –sobre todo el de "los demás"–, el conocimiento de los argumentos que se discutían era modesto y... anticuado, bastante pronto tuvieron la impresión de que el debate era una aburrida repetición, tanto más cuanto que no resultaba fácil discernir entre puntos de vista diversos. Finalmente, casi ninguno conocía el "proyecto" del Concilio, ni tampoco cuánto tiempo tendrían que permanecer lejos de casa, con incomodidades y gastos de no poca importancia. Los numerosos diarios personales testimonian, sobre todo al inicio, una actitud "escolar", pasiva. Participaban en un acontecimiento solemne y significativo, pero no captaban con claridad su proyecto.

¹ "This was our first day in our allotted places. Hitherto we had sat where we wished and naturally most bishops sat with colleagues from the same hierarchy. Corresponding with our numbered seats the voting papers would bear a number. Mine was S149. Because we were in new places we each felt very isolated. There was no English archbishop anywhere near me. After a few days when we came to know each other I realised that immediately behind me sat the Archbishop of Karachi. He is highly intelligent and rather young man. We were able to discuss many propositions. But on that morning we were all strangers to each other" ["Éste fue el primer día que nos sentamos en los sitios que nos tocaron en suerte. Hasta entonces nos habíamos sentado donde queríamos y naturalmente la mayoría de los obispos se había puesto con compañeros de la misma jerarquía. Las papeletas de votación llevaban un número que correspondía al de los asientos. El mío era S149. Dado que estábamos en lugares nuevos, todos nos sentíamos muy aislados. No había ningún arzobispo inglés cerca de mi sitio. A los pocos días, cuando empezamos a conocernos, me di cuenta de que inmediatamente detrás de mí se sentaba el arzobispo de Karachi. Es un hombre muy inteligente y bastante joven. Hemos podido discutir muchas propuestas. Pero aquella mañana todos éramos extraños"] (private notes on the Vatican Council, datt. ISR).

Participar en las Congregaciones generales es una tarea “pesada”, dado que se trata esencialmente de escuchar: la gran mayoría de los obispos no tomarán nunca la palabra durante las 300 Congregaciones. En los diarios aparecen, aquí y allá, anotaciones sobre el cansancio cotidiano, que puede causar aburrimiento y también algún sueñecito... Alguno se muestra incluso intolerante y ácido². Varios centenares de obispos, sin embargo, están metidos en las comisiones, donde la ocasión de ser activos es mucho más frecuente. Además hay reuniones de las Conferencias episcopales, en las cuales –al menos– no se da el cansancio de comprender el latín o lenguas mal conocidas o totalmente desconocidas.

El concilio Vaticano II fue, de todos modos, la obra maestra del episcopado católico y del Espíritu Santo. En efecto, es innegable que sólo la conversión de los obispos, bajo el impulso del Espíritu, hizo posible el paso (pero quizá se debiera decir “el vuelco”), de la inerte y tímida pasividad de las respuestas enviadas a Roma en 1960 por tantos centenares de obispos, al corpus de las decisiones votadas por el Concilio. Es justo y obligado darse cuenta de los límites y de las discontinuidades de las conclusiones conciliares, pero es imposible no ver a simple vista el salto cualitativo que hay entre los *vota* con los cuales los obispos respondieron a la invitación de Juan XXIII a que indicasen los problemas que el Concilio debía afrontar, y la imagen del cristianismo y de la Iglesia que el Vaticano II expresó precisamente con la fuerza del consenso de la casi totalidad de esos mismos obispos. Lenta y casi insensiblemente fue madurando un ambiente generalizado que predispuso a gran número de obispos a ver el Vaticano II como una ocasión singular de renovación de la Iglesia, siguiendo la estela de los requerimientos formulados en las décadas inmediatamente anteriores por los movimientos litúrgico, bíblico, ecuménico y de vuelta a las fuentes, y con el apremio de la secularización de las sociedades.

² El arzobispo Florit anota el 10.11.1964: “me he adormilado un poco” (ISR inédito). “Me he ido a dar vueltas en torno a San Pedro, para no quedarme a escuchar las charlas de estos obispos ultramontanos que reducen el Evangelio a una fábula, los dogmas a formulaciones definitivas no de la Revelación, sino de los estudios de los teólogos, la Fe a puro sentimiento, que no reconocen el magisterio de la Iglesia, que encuentran molesto su mismo sacerdocio, y que pretenden hablar al mundo en nombre de Jesucristo”, dice el obispo de Pesaro L. C. Borromeo en su diario del 23 de noviembre de 1962 (ed. Buonasorte) movido por la emoción suscitada por la votación del esquema de “las dos fuentes”. A su vez B. Ch. Butler, abad de Downside, anota el 22.11.1962 que tuvo un choque con Browne, quien lo amenaza con denunciarlo al Santo Oficio por su posición sobre la “Anunciación” (Diario inédito, ISR).

El entusiasmo del ambiente que se creó en Roma por la prolongada presencia de más de dos mil obispos, de otros tantos “peritos” –teólogos, canonistas, historiadores– y de muchísimos periodistas en representación del interés de la opinión pública desempeñó a su vez, en una medida creciente, un papel considerable en la información y en la toma de conciencia de los obispos. Si en la sede oficial de los trabajos –el “aula”– la gran mayoría del episcopado no podía sino soportar un papel pasivo de escucha, “fuera” se crearon muy pronto numerosas oportunidades más interesantes y más accesibles: conferencias, encuentros de estudio, asambleas de las conferencias episcopales, conversaciones a la mesa o en el autobús en el que iban y venían a San Pedro. Todas ellas eran circunstancias en las cuales el obispo salía del horizonte limitado –cuando no angosto– de la gestión de su diócesis, tropezaba con los grandes problemas (quizá desconocidos) de la Iglesia universal, conocía experiencias espirituales y pastorales distintas de las propias, no podía dejar de enfrentarse a un universo amplio, desigual y multiforme.

El vaivén entre diócesis y Concilio durante cuatro años (tres meses en Roma, nueve en casa) hizo posible la confrontación entre las actitudes adoptadas en el Concilio sobre argumentos candentes (colegialidad, consagración episcopal, responsabilidad respecto a la Iglesia universal, relaciones con los laicos, guerra y paz) y los criterios seguidos en el seno de la Iglesia propia. Dicha confrontación resultaba a menudo embarazosa, pues requería una disposición a la autocrítica que en un obispo era absolutamente inusitada. Una experiencia inédita que pilló a contrapié a muchos obispos fue la de los conflictos. Eran demasiados los que entre ellos estaban habituados a una visión tranquila y plana del cristianismo y de la Iglesia; es más, para bastantes de ellos las diferencias de puntos de vista y los conflictos con ellas relacionados eran un defecto típico de las sociedades laicas. En todo caso, se imaginaban el Concilio como una asamblea ordenada y expeditiva, como por otra parte los ambientes de la curia romana habían hecho pensar. Según los diarios, la experiencia de la participación en el Vaticano II fue vivida con implicaciones y sentimientos fuertes: alegría, interés, orgullo, aprensión³. Día tras día fue madurando en los espíritus de la gran mayoría una conciencia conciliar. Una conciencia de que el Concilio y las esperanzas que había hecho concebir estaban

³ Monseñor Montini, en su propia carta a la diócesis de 2 de diciembre de 1962, subrayaba cómo “Esta experiencia espiritual permanecerá ciertamente imborrable en aquellos que han tenido la fortuna de participar en el Concilio: suave la mayoría de las veces, fuerte y punzante otras, dramática en ocasiones y también pensativa y afligida en momentos dados...”.

en las manos de los obispos; de que ellos –con el papa– eran realmente responsables del anuncio evangélico en el hoy de la historia; de que –en una palabra– cada uno de ellos se veía abocado a desempeñar un papel de alcance extraordinario, jamás imaginado.

Las crónicas – la documentación. El Vaticano II obtuvo de los medios de comunicación una atención extraordinaria⁴. Mientras aún se estaba desarrollando la asamblea se editaron volúmenes que recogían los principales reportajes periodísticos en las diversas lenguas. Era un primer nivel de conocimiento de la actividad conciliar que proporcionó al Concilio un eco considerable más allá de las conclusiones de los trabajos, documentando su composición multicultural y la diversidad de las posturas.

La documentación producida por el Concilio fue inmensa y difícilmente cuantificable; menor posibilidad aún hubo de conservar copia íntegra de ella. Cada día se producían y distribuían decenas de textos en el interior y el exterior de la asamblea. La Secretaría del Concilio desarrolló un trabajo precioso y concienzudo de recogida, pero no pudo ir más allá de la documentación que pasó por sus oficinas. Una decisión feliz, oportuna y clarividente de Pablo VI dio autonomía al Archivo del Vaticano II respecto al Archivo secreto vaticano y a las severas normas que lo regulan. Ello permitió que la documentación recogida por la Secretaría general fuese después ordenada y, finalmente, puesta a disposición de los estudiosos. Era la premisa para que se pudiese llegar con admirable oportunidad (¡caso único en la historia de los concilios!) a la publicación de tres series de Actas conciliares, que comprenden más de 60 volúmenes⁵. Suerte menos segura ha corrido la inmensa documentación “informal” que, al no haber tenido la suerte de pasar por la Secretaría, sufrió una dispersión, al menos inicial. En efecto, muchos de quienes participaron en el Concilio han conservado –en todo o en parte– los documentos propios, pero otros no pudieron o no quisieron hacerlo, caso que fue más frecuente aún entre los participantes que procedían de otros continentes. Sólo con la última década del siglo XX fue posible mitigar el problema de la reco-

⁴ Cf. J. Grootaers, “Informell Strukturen der Information am Vatikanum II”, en N. Klein, H. R. Schlette y K. Weber (eds.), *Biotope der Hoffnung*, Olten 1988, pp. 268-281.

⁵ *Acta et documenta concilio oecumenico Vaticano II apparando, series I (antepreparatoria)*, Typis Pol. Vaticanis 1960-1961; *Acta et documenta concilio oecumenico Vaticano II apparando, series II (preparatoria)*, Typis Pol. Vaticanis 1964-1995; *Acta Synodalia sacrosanti concilii oecumenici Vaticani II*, Typis Pol. Vaticanis 1970-1980. Todas las ediciones corrieron a cargo de V. Carbone.

gida y de la conservación de la documentación conciliar “informal”, que comprendía materiales muy variados, pero a menudo de grandísimo valor y, en todo caso, susceptibles de completar cuanto se puede conocer a través de los documentos “formales” del Archivo oficial⁶.

El Vaticano II como historia

Veinticinco años después de la conclusión del Vaticano II, a partir de 1988, se formó un equipo multicultural e interdisciplinar a escala mundial con la finalidad de preparar una historia que reconstruyese, sobre la base de la documentación original, el desarrollo del concilio Vaticano II desde el primer anuncio de enero de 1959 hasta la solemne clausura del 8 de diciembre de 1965. Fue una experiencia de investigación en equipo y de conocimiento profundizado de la riqueza, los límites y las contradicciones del Vaticano II, llevada a cabo con método riguroso, en el respeto al Concilio tal como efectivamente se desarrolló. Ello hizo posible poner de manifiesto una asamblea multicultural como jamás se había dado en la larga historia de los concilios. Aparecieron las tensiones dialécticas entre mayoría y minoría, entre Concilio y papa, entre Concilio y curia, entre asamblea y comisiones, entre obispos y teólogos, entre Concilio y opinión pública. Se reconstruyeron también en todo su alcance las dificultades derivadas del tratamiento dado por el Concilio tanto a argumentos ya elaborados –liturgia, tradición, eclesiología– como a argumentos nuevos, como la libertad religiosa, las relaciones con las demás religiones o la situación de la Iglesia en las sociedades contemporáneas –que suscitaron desconfianzas por su “novedad”–. Se volvió a recorrer la vida del Concilio, casi día por día, lo cual permitió captar la compleja riqueza de la dialéctica de la asamblea.

La Historia del concilio Vaticano II⁷ tiene la finalidad de establecer cómo se desarrolló efectivamente el Concilio y de alimentar su cono-

⁶ A partir del 2000, el Archivo del concilio Vaticano II quedó integrado en el Archivo secreto vaticano, conservando, sin embargo, el régimen establecido por Pablo VI, cf. S. Pagano, “Riflessioni sulle fonti archivistiche del concilio Vaticano II. In margine ad una pubblicazione recente”, *Cristianesimo nella Storia* 23 (2002) 775-812. La redacción de un inventario del archivo como tal está en avanzado estado de elaboración.

⁷ La Historia está editada en diversas lenguas: italiana (Il Mulino, Bolonia), alemana (Grünwald, Maguncia), inglesa (Orbis, Maryknoll), francesa (Cerf, París), española (Sígueme, Salamanca), portuguesa (Vozes, São Paulo) y rusa (St. Andrew, Moscú). Las principales revistas teológicas e históricas han debatido ampliamente acerca de ella.

cimiento, más allá de la conciencia de los participantes y de la vida de la generación que lo vivió y pese a los “celos hermenéuticos” de los protagonistas, que han sido arrastrados a condicionar la interpretación de las actas conciliares. En dicha Historia se ha procurado obtener un conocimiento de la gran asamblea analítico y global al mismo tiempo, y no sectorial ni fragmentario. Igualmente importante ha sido la función de la Historia para estimular la recuperación y conservación de la gran cantidad y variedad de fuentes relacionadas con el Vaticano II.

Para poner en marcha la Historia fue ante todo necesario, durante algunos años de investigaciones, profundizar adecuadamente en la información sobre los trabajos preparatorios, que durante su desarrollo habían estado velados por un secreto impenetrable. Sólo así fue posible percibir en todo su alcance el condicionamiento que los años 1959-1962 supusieron para el Concilio propiamente dicho, en una medida desconocida para los concilios precedentes⁸. Análogamente se intentó obtener un conocimiento de las diversas fases del trabajo conciliar⁹. Aun cuando los argumentos y los problemas se fueron entrelazando poco a poco, se ha procurado evitar presentarlos de manera esquemática, respetando en cambio las superposiciones que frecuentemente hicieron incómoda y febril la actividad de los Padres conciliares¹⁰. De vez en cuando se han puesto de relieve aspectos

⁸ A. Indelicato, *Difendere la dottrina o annunciare l'Evangelo*, Génova 1992; J. O. Beozzo, *Cristianismo e Iglesias de América Latina en vísperas del Vaticano II*, Costa Rica 1992; M. Lamberigts y Cl. Soetens (eds.), *À la veille du Concile Vatican II. Vota et réactions en Europe et dans le Catholicisme oriental*, Lovaina 1992; *Verso il Concilio Vaticano II*, Bolonia 1993; *Il Vaticano II tra attese e celebrazione*, Bolonia 1995.

⁹ G. Alberigo y A. Melloni (eds.), *Per la storicizzazione del Vaticano II*, Bolonia 1992; É. Fouilloux (ed.), *Vatican II commence... Approches francophones*, Lovaina 1993; K. Wittstadt y W. Vershooten, *Der Beitrag der deutschsprachigen und osteuropäischen Länder zum zweiten vatikanischen Konzil*, Lovaina 1996; M. Lamberigts, Cl. Soetens y J. Grootaers (eds.), *Les Commissions conciliaires à Vatican II*, Lovaina 1996; *Vatican II in Moscow (1959-1965)*, a cargo de A. Melloni, Lovaina 1997, el volumen fue editado también en lengua rusa en Moscú; M. T. Fattori y A. Melloni (eds.), *Experience, Organisation and Bodies at Vatican II*, Lovaina 2000; A. Autiero (ed.), *Herausforderung-Aggiornamento zur Rezeption des Zweiten Vatikanischen Konzils*, Altenberge 2000; J. Doré y A. Melloni (eds.), *Volti di fine concilio. Studi di storia e teologia sulla conclusione del Vaticano II*, Bolonia 2000.

¹⁰ M. Velati, *Una difficile transizione. Il cattolicesimo tra unionismo ed ecumenismo (1952-1964)*, Bolonia 1996; M. Paiano, *Liturgia e società nel Novecento. Percorsi del movimento liturgico di fronte ai processi di secola*

determinados de la discusión entre los Padres y de las penosas elaboraciones de las conclusiones. Desde este punto de vista, el escollo más difícil fue el de referir y respetar las diversas posiciones que se expresaron. Aunque durante los años de la preparación era casi imposible distinguir y caracterizar orientaciones diversas –debido en parte a la escasa información–, tras los primeros días se manifestaron en el seno de la asamblea convicciones cada vez más diferenciadas. Era, por tanto, obligado hacer todos los esfuerzos posibles para documentar tales diferencias y para esbozarlas con la máxima fidelidad.

En la obra se ha tenido como objetivo superar una presentación “de crónica” del trabajo conciliar, evitando sin embargo reconstruirlo a partir del esquema interpretativo de los dieciséis documentos conclusivos, como parecía obvio en los años ochenta. Se ha seguido la división de los cuatro períodos de trabajo, que siguieron a los años de la preparación, respetando en lo posible los ritmos que marcaron día a día la actividad de los miembros de la asamblea: discusiones en la Congregación general, trabajo de las comisiones, encuentros de grupos informales, oportunidades de información, encuentros individuales. Sólo gradualmente se advirtió la trampa que constituían los largos períodos “entre sesiones”, durante los cuales la actividad conciliar proseguía, bien en las comisiones, bien en los contactos entre los obispos y en las conversaciones de los teólogos. Durante largo tiempo se dio razón de estas fases en conexión con el período conciliar precedente; sólo hacia el final del trabajo se cayó en la cuenta de que la actividad en esos períodos entre sesiones –aun siendo la continuación del período precedente– revertía necesariamente sobre el período siguiente de los debates conciliares, y por tanto debía ser referida al inicio del período nuevo, más que al final del precedente.

rizzazione, Roma 2000; R. Burigana, *La Bibbia nel Concilio. La redazione della costituzione “Dei Verbum” del Vaticano II*, Bologna 1998; G. Turbanti, *Un Concilio per il mondo moderno. La redazione della costituzione pastorale “Gaudium et Spes” del Vaticano II*, Bologna 2000; A. Melloni, *L'altra Roma. Politica e S. Sede durante il concilio Vaticano II (1959-1965)*, Bologna 2000; N. Buonasorte, “Per la ‘pura, piena, integra fede cattolica’: il p. V. A. Berto al concilio Vaticano II”, *Cristianesimo nella Storia* 22 (2001) 111-151; S. Scatena, *La fatica della libertà. L'elaborazione della dichiarazione “Dignitatis humanae” sulla libertà religiosa del Vaticano II*, Bologna 2003; y M. Faggioli, *Il vescovo e il concilio. Modello episcopale e aggiornamento nella storia del decreto “Christus Dominus” del Vaticano II*, Bologna 2005.

Nuevos conocimientos

Al hilo de la investigación se vio cómo la disponibilidad de nueva documentación ofrecía oportunidades inesperadas de conocimientos, hasta el punto de llevar a informaciones verdadera y propiamente nuevas, anteriormente desconocidas. Así sucedió en lo tocante al período de la consulta antepreparatoria (1959-1960): se ha tenido noticia de que existía una propuesta de la curia y del cardenal Tardini de enviar a los obispos un cuestionario para obtener sugerencias sobre los argumentos que se debían tratar en el Concilio. Sin embargo, Juan XXIII rechazó dicha propuesta, prefiriendo una consulta totalmente libre e incondicionada, que produjo más de dos mil *vota* antepreparatorios. La investigación también ha comprobado que los datos de los *vota* fueron analizados por la curia romana tomando como base el esquema del código de derecho canónico existente, lo cual dio como resultado una distorsión “canonística” de los pareceres como tales¹¹.

En cuanto a los trabajos preparatorios (1960-1962), se ha podido reconstruir la actividad de las Comisiones, que, salvo la relativa a los laicos y el Secretariado para la unidad, eran paralelas a las Congregaciones de la curia romana. Comisiones que, con la excepción del Secretariado, estaban todas bajo la hegemonía del cardenal Tardini y de las propuestas de las Congregaciones. Este aspecto de la investigación ha requerido una excavación archivística, dado que en los *Acta et Documenta* no se han editado las actas de las distintas comisiones¹². Sólo ahora es posible conocer en toda su extensión la obra sistemática realizada por el Secretariado para la unidad con el fin de profundizar en los temas conciliares desde la perspectiva del “aggiornamento” con espíritu “pastoral” y sensibilidad ecuménica. Además ha quedado clarificada la debilidad de la Comisión central, que no guió en absoluto los trabajos preparatorios, sino que se limitó a valorar —cuando ya era inminente la apertura del Concilio, y casi siempre pasivamente— los numerosos y sobreabundantes textos producidos por las Comisiones.

El conocimiento de la actividad de las Comisiones preparatorias ha permitido constatar que Juan XXIII, respetando escrupulosamente la

¹¹ *Storia del concilio Vaticano II – I. Il cattolicesimo verso una nuova stagione. L’annuncio e la preparazione (gennaio 1959 - settembre 1962)*, Bologna 1995, pp. 17-176.

¹² *Storia del concilio Vaticano II – I. Il cattolicesimo verso una nuova stagione. L’annuncio e la preparazione (gennaio 1959 - settembre 1962)*, Bologna 1995, pp. 177-526.

responsabilidad autónoma de los órganos encargados de la preparación, puso en práctica una preparación paralela, aplicándose a esbozar una imagen del Concilio a través de numerosas intervenciones públicas entre 1960 y 1962. Surgieron así dos imágenes distintas del Concilio. Por un lado, un concilio rápido (unas semanas) para la expeditiva aprobación de los 72 esquemas preparatorios; por otro lado, un concilio con responsabilidad propia, un “nuevo Pentecostés”, que el episcopado debía construir día tras día con libertad e investigación.

Sobre esta base, alimentada por encuentros anuales de los colaboradores y con la publicación de numerosos estudios preparatorios, el primer volumen de la Historia, dedicado a los años 1959-1962, permite finalmente conocer la compleja prehistoria del Concilio, hasta ahora totalmente desconocida. De este modo es posible apreciar los considerables condicionamientos que ejerció sobre los trabajos y sobre las conclusiones del Concilio como tal¹³. Sin embargo, la preparación tuvo una importancia bastante limitada en lo que respecta a la riqueza, la participación y el dinamismo del acontecimiento conciliar¹⁴.

En cuanto a los trabajos conciliares propiamente dichos, el conocimiento de las fuentes muestra que la evolución doctrinal de los Padres (y de sus teólogos) no se puede representar con una línea ascendente continua, sino que se debe expresar con diversas líneas quebradas. Ello es particularmente evidente a propósito de la eclesiológia, pero también de los laicos, sobre los cuales se trata en el *De ecclesia* y en el *De apostolatu laicorum*, y también a propósito de las relaciones Iglesia-sociedad vistas desde una perspectiva sociológica, teológica, etc. El conocimiento de los debates¹⁵ ha mostrado cómo la repercusión de las adquisiciones (y también de las debilidades) de los

¹³ *Storia del concilio Vaticano II – II. La formazione della coscienza conciliare (ottobre 1962 – settembre 1963)*, Bolonia 1996. Una prueba de tales condicionamientos lo constituye el fracaso del “plan Döpfner” (1963-1964) que –relanzando la reducción del número de esquemas realizada en 1962– pretendía concentrar (y abreviar) los trabajos sobre los temas principales.

¹⁴ Por el contrario, se puede considerar que dicha preparación suscitó sobre todo reacciones respecto a la hegemonía romana y curial, generando una reivindicación de responsabilidad por parte del episcopado. Basta recordar el aplazamiento de las elecciones de las Comisiones (13.10.1962), el descubrimiento de las conferencias episcopales por parte de la mayoría de los obispos.

¹⁵ *Storia del concilio Vaticano II – III. Il concilio adulto (settembre 1963 – settembre 1964)*, Bolonia 1998. Pero el conocimiento del trabajo de las Comisiones es todavía insatisfactorio, cf. G. Turbanti, “Quellenbericht über die Konzilskommissionen”, en *Der Beitrag der deutschsprachigen...*, pp. 251-258.

“movimientos” (litúrgico, ecuménico, bíblico, para la promoción del laicado) fue considerable. No es desacertado considerar a los movimientos de la primera mitad del siglo XX un auténtico “pre-concilio”. Y cómo, en el otro extremo, la desconfianza posmodernista tuvo efectos “retardantes” en lo relativo a la investigación teológica. Ello es evidente a propósito de la colegialidad episcopal, concebida más bien como contrapeso del poder papal que como dimensión de la comunión entre Iglesias locales, y a propósito del ecumenismo, entendido como actitud “católica” y no como proyecto de unidad. También es importante la constatación de la ausencia de una teología de la paz, de una teología del matrimonio y de problemas “sociales” análogos a los cuales la “doctrina social” no había dado respuestas satisfactorias.

El análisis en profundidad de la documentación ha llevado también a una mayor comprensión de los significados. El dato más relevante es el peso que el *aggiornamento* y la “pastoralidad” tuvieron en los trabajos del Concilio. Ambos fueron tomados en serio por los obispos y, en consecuencia, influyeron profundamente en el espíritu conciliar; no tanto en la elaboración de los textos aprobados. La asamblea fue percibiendo lentamente la alternativa entre una actitud de aceptación de los esquemas preparatorios y un espíritu de búsqueda. Los Padres compartieron en su gran mayoría el rechazo de las condenas y de los anatemas, anunciado por Juan XXIII el 11 de octubre de 1962. Pero la elaboración de los textos idóneos para expresar el *aggiornamento* con un estilo y un espíritu pastoral resultó mucho más difícil.

Significativa ha sido también la aparición, fruto de la investigación, de una relación rica y compleja, pero también de una distancia, entre el acontecimiento conciliar como hecho colectivo y las decisiones finales de la asamblea¹⁶. Se ha caído en la cuenta de cómo el acontecimiento conciliar es irreductible al corpus de las decisiones, por muy amplio que éste sea: la colegialidad conciliar tuvo una densidad mucho mayor que la enunciada en *Lumen gentium*. Las constituciones y decretos no reflejan todas las virtualidades expresadas durante la vida del Concilio. Éste fue un “acontecimiento” más denso y significativo que el corpus de sus decisiones, y no se agotó en la formulación y aprobación de éstas. Esa distancia resalta también a propósito de la importancia de la espera del Concilio, dado que el acontecimiento “concilio” produjo efectos ya con su anuncio, es decir, cuando todavía no existía.

¹⁶ *Storia del concilio Vaticano II – IV. La chiesa come comunione (settembre 1964 – settembre 1965) y V. Concilio di transizione (settembre – dicembre 1965)*, Bolonia 1999 y 2001.

Giro hermenéutico

La valoración histórica del Vaticano II abre la posibilidad de un “giro hermenéutico”. Se ha superado el conocimiento fragmentario o episódico de la cotidianeidad de la asamblea, no sólo porque el análisis cruzado de las fuentes –junto a los Acta Synodalia, una gran cantidad de documentos complementarios internos al Concilio, pero también personales, como los diarios y las cartas enviadas desde Roma– enriquece el conocimiento, sino sobre todo porque la visión unitaria y sintética de la vida entera de la asamblea impide valoraciones excesivas de episodios determinados o de pasajes particulares de las decisiones, sacados del contexto y de sus complejidades¹⁷.

Es más, se abre la posibilidad de investigaciones “transversales”¹⁸, que saquen a la luz la presencia recurrente y a menudo determinante de los factores cruciales del espíritu conciliar: la renovación litúrgica y eclesiológica, más allá de los límites de las dos constituciones correspondientes; el ansia ecuménica, más rica y orgánicamente desplegada de lo que dice el decreto *Unitatis redintegratio*; el redescubrimiento de la Palabra de Dios, que no surge sólo de la *Dei Verbum*; el carácter irrenunciable de la libertad religiosa, elemento que los Padres conciliares fueron adquiriendo progresivamente, sobre todo como dimensión de su condición cristiana. Al disponer de una información completa y críticamente fiable de la actividad conciliar, es posible captar en su devenir el fenómeno mismo de la evolución de la gran mayoría de los Padres, superando el riesgo o la tentación de reducirla a episodios aislados, aunque

¹⁷ Típica a este propósito es la discusión sobre el significado de *subsistit in* de LG 8, realizada prescindiendo del contexto de todo el trabajo conciliar como hace A. von Teuffenbach, *Die Bedeutung des “subsistit in” (LG 8). Zum Selbstverständnis der katholischen Kirche*, Múnich 2002, criticada oportunamente por L. Sartori, “Osservazioni sull’ermeneutica del ‘subsistit in’ proposta da Alexandra von Teuffenbach”, *Rassegna di Teologia* 45 (2004) 279-281. También la incidencia y el significado de la votación orientativa del 30 de octubre de 1963, de la “semana negra” de octubre de 1964 o de las tensiones de 1965 sobre la libertad religiosa y sobre la paz deben ser hoy en día contextualizadas y comprendidas de nuevo en el marco del Concilio entero.

¹⁸ Para este fin son esenciales instrumentos como *Constitutionis dogmaticae Lumen gentium Synopsis historica*, a cargo de G. Alberigo y F. Magistretti, Bolonia 1975 y los *Indices verborum et locutionum Decretorum Concilii Vaticani II*, Istituto per le Scienze Religiose, 11 volúmenes, Bolonia 1968-1980; Ph. Delhay, M. Gueret, P. Tombeur, *Concilium Vaticanum II. Concordance, Index, Listes de fréquence, Tables comparatives*, Lovaina 1974.

elocuentes¹⁹. Ha sido posible poner de manifiesto el profundo “giro” que tuvo lugar con la votación efectuada el 19 de noviembre de 1962 del esquema de “las dos fuentes de la Revelación”: surgió entre los Padres de la determinación de situar el tratamiento de un argumento tan delicado, la relación entre Sagrada Escritura y Tradición, en una perspectiva de “pastoralidad”.

La Historia del Concilio ha puesto de manifiesto la profunda “unidad” de la obra conciliar, de la cual son expresiones tan autorizadas como parciales las decisiones que se fueron aprobando. Ello hace posibles, y seguramente ricas en resultados, investigaciones que tengan como objeto factores determinados que inspiraron el Vaticano II y que constituyen la trama que conecta y unifica las decisiones. Es decir, argumentos que aparecen de manera recurrente a lo largo de todos los trabajos conciliares –o de gran parte de ellos–. Tal planteamiento es el que requiere la naturaleza propia del Vaticano II, concilio de reflexión pastoral y no de polémica contra errores, concilio de *aggiornamento* de cara al futuro más que de puesta a punto de lo existente, concilio –finalmente– que ha expresado indicaciones para la vida del cristianismo, pero no ha dictado normas terminantes.

A la luz de la historia se puede afirmar que el Vaticano II no tuvo nunca tentaciones “conciliaristas”: la asamblea tuvo constantemente una actitud devota tanto respecto a Juan XXIII como a Pablo VI. Tampoco en los “casos límite”, cuando la orientación del Concilio era diferente de la del papa, llegó a haber nunca conflicto. El conocimiento crítico de la historia del Concilio muestra que fue la conciliaridad el contenido primario y preliminar del Vaticano II y de su legado y que ésa es, por tanto, la perspectiva correcta de su recepción bajo el impulso del Espíritu.

La Historia del Vaticano II quiere hacer una aportación para alimentar la fecundidad y el carácter irrenunciable de la dimensión “conciliar” del cristianismo, desde el gran ámbito “ecuménico”, o interconfesional, hasta el ámbito “normal” de las comunidades territoriales. Una aportación a una recepción planteada y desarrollada como “conciliaridad”, y por tanto policéntrica y creativa, en lugar de una actuación centralizada e, inevitablemente, burocrática. El conocimiento de la experiencia del Vaticano II no pretende tapiar el Concilio en el pasado, sino más bien alimentar la necesidad incesante de obediencia creativa y valerosa al Espíritu por parte de las Iglesias.

(Traducido del italiano por José Pedro Tosaus Abadía)

¹⁹ Es típica la polémica Frings-Ottaviani a propósito del Santo Oficio (8.11.1963).